

ALFAGUARA



Julio Llamazares

En mitad  
de ninguna parte

---

## Índice

Prólogo a la presente edición	11
Un cadáver de pavo en la nevera	15
Piloto suicida	27
La novela incorrupta	45
Nocturnidad	57
Paso a nivel sin barreras	73
El padre	89
No se mueve ni una hoja	97

---

## Prólogo a la presente edición

La primera edición de este libro apareció en 1995 publicada por Ollero & Ramos Editores, una pequeña editorial desgraciadamente desaparecida ya habida cuenta de su buen gusto y su independencia, que fueron posiblemente las causas de su desaparición. En España ninguna de las dos cosas suele ser garantía de supervivencia, al contrario.

Durante años el libro anduvo, pues, descatalogado, confinado en las librerías de lance o en los anaqueles de la realidad virtual, por lo que esta nueva edición supone casi su resurrección, incluso me atrevería a decir que su presentación en público, especialmente a ese público que hace diecinueve años todavía no había empezado a leer. De ahí que para mí presentarlo de nuevo sea como hacerlo casi por primera vez.

*En mitad de ninguna parte* nació a propuesta de un editor —Julio Ollero, al que debo otra publicación también ya desaparecida, descatalogada por las mismas razones que ésta: *Los viajeros de Madrid*— y, antes que a la de él, a la de algunos periódicos y revistas que me animaron a escribir relatos, un género que motu pro-

---

prio yo he cultivado bastante poco. Como confesaba en el prólogo a la primera edición de este libro, al revés que con las novelas, que jamás podría escribir por encargo, para escribir un relato me viene bien el impulso ajeno, incluso la obligación de entregarlo dentro de un plazo concreto. Así he escrito, si no todos, sí la mayoría de mis cuentos y, por supuesto, los que componen este pequeño volumen, que aparecieron, salvo excepciones, publicados antes en periódicos, principalmente en el diario *El País*. Hubo un tiempo, que algunos recordarán, en el que los periódicos y las revistas de este país no sólo acogían en sus páginas relatos y otros textos literarios de escritores, sino que nos animaban a hacerlos expresamente. En eso fue modélico *El País* y, dentro de ese periódico, el periodista y escritor Juan Cruz, quien con el tiempo llegaría a ser director de la editorial Alfaguara, que es la que ahora publica de nuevo este libro.

Un bucle se cierra, pues, para mí con esta edición de *En mitad de ninguna parte*, el volumen que recoge aquellos cuentos que escribí entre la segunda mitad de los años ochenta y la primera de los noventa del pasado siglo (¡cómo suena esta expresión!) y que precedieron a los que recogí más tarde en otro volumen, *Tanta pasión para nada*, publicado por Alfaguara en el 2011 y con los que se completa toda mi producción literaria en un género, el del cuento corto, por el que siento una especial debilidad como lector pese a que como

---

escritor, ya digo, lo haya cultivado poco. A caballo entre el poema y la novela, con los que comparte intensidad y espacio y narratividad e imaginación respectivamente, el cuento o relato corto es un género que, como les sucede a otros, la literatura de viaje o la crónica por ejemplo, arrastra fama de ser menor cuando es todo lo contrario; es la auténtica prueba de fuego para un narrador, el terreno en el que se demuestran con más claridad sus virtudes y sus defectos, la distancia literaria en la que cualquier error te pasa factura. Para saber la verdadera pasta de un novelista hay que leer, si es posible, sus cuentos, porque en ellos está el germen de su obra.

Por todo ello, agradezco a Alfaguara esta reedición que le da una nueva vida a unos cuentos que fueron los primeros que publiqué y que resumen en mayor o en menor medida mis obsesiones y mi manera de ver y de estar en el mundo. El título del libro lo dice claramente.

El autor, febrero del 2014

---

## Un cadáver de pavo en la nevera

La Nochebuena de 1971, los señores volvieron a reñir.

Los señores tenían por costumbre discutir todas las Nochebuenas. Pero sólo ese día. Los trescientos sesenta y cuatro días restantes los pasaban sin hablarse, encerrado día y noche el señor en su despacho, escuchando habaneras y leyendo el periódico, y la señora deambulando y dando órdenes todo el día por la casa.

El señor era un hombre extraño. Había emigrado a Cuba a los diecisiete años, como tantos otros muchachos de su época, y había permanecido allí hasta los cuarenta, trabajando en mil cosas y sin conseguir ahorrar un peso en ese tiempo, hasta que, desengañado de su aventura o herido por la nostalgia (esa enfermedad moral), decidió volver a un país que apenas ya siquiera recordaba. En realidad, el señor siempre consideró equivocada aquella decisión suya. Al fin y al cabo —solía decir—, ya nadie le esperaba de este lado del Atlántico y del otro tampoco tenía nada que perder, ni aun cuando le hubiera sorprendido en Cuba la llegada al poder de Fidel Castro. Pero se vino. Igual que tantos otros. Con

la leyenda del indiano a sus espaldas, aunque sin más fortuna que la que el día en que se fue había dejado en España: una estela de muchacho soñador y aventurero y las tres o cuatro tierras que le legaron sus padres.

Muchos años después, con ocasión de un viaje a Cuba, tuve la oportunidad de conocer la verdad sobre el periplo americano del señor de Villa Adela, la casa en que trabajé antes de salir de Asturias, entre los quince y los veinte años. Un viejo camarero del hotel aún lo recordaba:

—¿Berrueta? ¿Con anteojos redondos? ¿Gordito él y un poco calvo?... ¿Gusendo Berrueta? —antes de responder, el hombre me miró de arriba abajo—. ¡Cómo no voy a acordarme! Gusendo fue un muchacho inolvidable.

Lo que escuché a continuación me dejó helado. Acodado en la barra frente a un daiquiri, mientras en el piano un negro interpretaba una tras otra, con aprendida y melancólica indolencia, todas las habaneras que el señor solía oír en su despacho, conocí sus aventuras más secretas (su participación en negocios turbios, su estancia en la prisión del Malecón, sus enriquecimientos y ruinas sucesivas) y las huellas de su paso por La Habana:

—Si las habitaciones de este hotel hablaran —concluyó el camarero su relato—, más de uno habría cogido el barco para buscar a Gusendo en el último rincón de España.

Pero, como decía, eso tardé en saberlo todavía muchos años. Cuando yo lo conocí, el

señor era, al contrario, un anciano bondadoso y apacible, amante de sus nietos y de sus paseos diarios por el campo, que sufría día a día, con impávida paciencia, el agrio e insoportable carácter de su esposa. Se había casado con ella al poco de volver de Cuba, con su sombrero de paja y sus botines blancos (así al menos posó para la foto de la boda), en la iglesia de Llanes, un domingo de mayo, ante la decepción de todas las mujeres casaderas de la zona y la contrariedad del padre de ella, que a la diferencia de edad (el señor le sacaba a la señora veinte años) unía la sospecha, sin duda que fundada, de que el hombre del que su única hija se había enamorado era un simple candidato al braguetazo. No en vano el padre de la señora era el hombre más rico de la zona.

Aún hoy me resulta imposible imaginar a la señora enamorada. A aquella vieja déspota, a aquella caprichosa e histérica beata que se pasaba los días controlando las cuentas y repartiendo órdenes entre los empleados de la casa, uno puede imaginarla de todas las maneras menos enamorada. Yo sospecho que nunca llegó a estarlo, que la expresión feliz y arrebolada de sus ojos en la fotografía de la boda que presidía el salón junto a la de sus padres fue simplemente un medido arrebató que le duró el tiempo justo de que el indiano estampase su firma en el libro de familia de la iglesia. Al fin y al cabo, ¿qué más podía pedir aquella pálida e insulsa muchachita cuyo

---

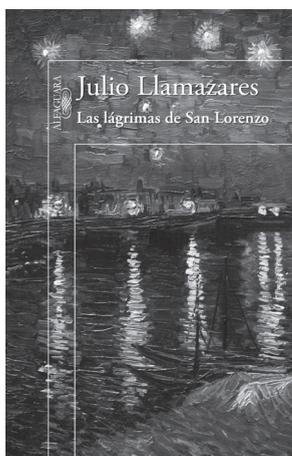
único encanto visible era la fábrica de leche de su padre?

Lo que está claro es que al señor, si, como parece también más que evidente, lo que buscaba con aquella boda era la seguridad económica que él no tenía y un hogar apacible y tranquilo donde olvidar los desengaños del pasado, el tiro le salió por la culata. En cuanto puso sus botines en la casa (tal vez incluso antes: en cuanto estampó su firma en el libro de familia de la iglesia), aquella pálida e insulsa muchachita perdió al instante su timidez, se le borró del rostro aquella dulce mirada, cambió el gesto y se convirtió de pronto en lo que verdaderamente era: una auténtica tirana. Lo que ocurrió a continuación no es difícil tratar de imaginarlo. Seguramente, el señor intentó al principio mantener su figura y su aureola aventurera apelando a su experiencia y a su mayor edad. Seguramente, incluso, se enfrentaría a ella, a medida que veía que el cerco se estrechaba, aunque sin llegar a usar los métodos que sin duda debió de utilizar, a juzgar por lo que luego supe, en sus años de buscavidas en La Habana (aunque nunca hablaba con ella, y pese a que discutían airadamente todas las Nochebuenas, el señor siempre la respetó, al menos en los años en que yo trabajé en la casa). Sea como haya sido, lo cierto es que la señora le cortó poco a poco las alas y los vuelos y el señor no tuvo otro remedio que batirse en retirada a su despacho.

---

Cuando yo lo conocí, apenas salía ya de allí salvo para ir al baño o para dar su paseo diario por el campo. Comía, incluso, en el despacho (Tejerina, la criada, le subía cada día la comida y volvía después a retirarle la bandeja). Y como, por otra parte, la señora y él hacía ya años que tenían dormitorios separados, se pasaban los días y los meses sin hablar hasta que, por Nochebuena, llegaban todos sus hijos a visitarlos.

Entonces la vida de la casa, siempre tan silenciosa, siempre tan ordenada, se revolucionaba. Era aquélla una cita inexcusable, una vieja costumbre que todos respetaban porque, entre otras cosas, todos estaban esperando a heredar un día las cuantiosas propiedades familiares: la casona de Llanes, la finca de Celorio, las pomaradas de Villaviciosa y la fábrica de leche de Gijón, que era la más importante. Comenzaban a llegar por la mañana, cada uno por su cuenta, con los coches atestados de maletas y de niños. Primero, don Avelino, el fiscal, y su señora, doña Mar, siempre tan recatada; luego, don Secundino y doña Mercedes; después, doña Ana y don Julio y por fin, a eso del mediodía, el señorito Miguel, el soltero. Ese día, el señor hacía una excepción y salía a recibirlos al jardín. Y luego, como la señora andaba ocupada distribuyendo las habitaciones y el acomodo de los equipajes, se quedaba ya toda la tarde jugando con los niños en la sala.



LAS LÁGRIMAS  
DE SAN LORENZO  
*Julio Llamazares*

«Julio Llamazares ha vuelto a ser el magnífico escritor  
de *Luna de lobos* y *La lluvia amarilla*.»  
J. M. POZUELO YVANCOS, *ABC Cultural*

«Esta hermosa y conmovedora novela es una elegía a las  
lágrimas de la humanidad.»  
J. ERNESTO AYALA-DIP, *Babelia*

Una emocionante historia sobre los paraísos e infiernos  
perdidos —padres e hijos, amantes y amigos, encuentros y  
despedidas— que recorren toda una vida entre la fugacidad  
del tiempo y los anclajes de la memoria.

Un profesor de universidad que ha rodado por Europa como una  
bola del desierto sin echar raíces en ningún lugar regresa a Ibiza,  
donde pasó sus mejores años de juventud, para asistir junto con su  
hijo, del que vive separado hace ya tiempo, a la lluvia de estrellas de la  
mágica noche de San Lorenzo. La contemplación del cielo,  
el olor del campo y del mar y el recuerdo de los días pasados desatan  
en él la melancolía, pero también la imaginación.